

ANTONIO GARCIA VERDUCH



## Don Jordi y los subtítulos

**A** las grandes virtudes que adornan a D. Jordi, hay que añadir su perseverancia en el empeño de habituar los tímpanos españoles a las armoniosas modulaciones del idioma catalán.

Algunos maledicentes han ido pregonando por ahí una supuesta malsonancia de ese idioma, e incluso se habla de algunos iluminados que han creído reconocer en él unas sutiles resonancias caninas. Yo, bien me cuidaré de afirmar mi discrepancia, para que nadie se atreva a confundirme con ellos.

Para ser sinceros, hay que admitir que el catalán, como cualquier otro idioma, suena mal cuando se habla mal, y suena bien cuando lo habla alguno de esos virtuosos que se recrean en perfilar y dulcificar hasta los últimos matices del lenguaje.

Si a alguien le parece que el catalán suena mal, ciertamente ha de ser porque los que lo hablan no dominan su entonación con la maestría que lo hace D. Jordi. D. Jordi se esmera en la pronunciación hasta arrancar a su idioma las más deliciosas inflexiones sonoras y, además, lo hace con complacencia.

¿Cuántos serán ya los españoles que han sido subyugados por la cautivadora entonación catalana de que hace gala D. Jordi, durante sus repetidas comparecencias en las televisiones de otras nacionalidades?

¿Y cuántos habrán sido los españoles que, gracias a D. Jordi, han aprendido a conocer y amar la musicalidad del

idioma catalán?. Los que hallan deleite en esa musicalidad, quedan atrapados, escuchando la voz de D. Jordi, cuando su cabeza parlante aparece encuadrada en la pantalla de la televisión.

Y aquellos otros que -además de disfrutar de la musicalidad del verbo de D. Jordi- desean enterarse de lo que dice, no tienen más que leer los subtítulos en castellano, que la Televisión Española ofreció gentilmente a sus telespectadores.

La situación es análoga a la de aquellas películas antiguas, con sonido grabado en sus idiomas originales, que se subtitulaban en otros idiomas, para beneficio de las masas ignorantes de otras nacionalidades, cuyo nivel cultural no era suficiente para comprender la palabra así hablada.

Ocurría pues, entonces, que los cinéfilos de los países atrasados se veían compelidos a desarrollar la curiosa habilidad de leer deprisa los subtítulos, con un ojo, mientras que, con el otro, captaban hasta los más sutiles detalles de la imagen. Nuestras actuales generaciones, tan alejadas ya de aquellas épocas de la cinematografía subtitulada, no han tenido ocasión de desarrollar adecuadamente esa curiosa habilidad y, por ello, se encuentran desarmadas ante la dual comparecencia de D. Jordi, en la pantalla de televisión, con su palabra hablada, en catalán, y con la escrita, en castellano.

En esta situación, los telespectadores se ven forzados a

*La antigualla de las versiones cinematográficas subtituladas en otro idioma, hace ya mucho tiempo que fue sustituida por las versiones dobladas con otra voz*

elegir entre dos posibilidades, que son, o distraerse escudriñando la riqueza expresiva del rostro de D. Jordi, cuando logra mirar de frente, y deleitarse con las modulaciones de su voz, o bien, olvidarse de D. Jordi y de su voz, y tratar de enterarse de lo que está diciendo, mediante la lectura atropellada de unos textos sucintos y quebrados, que van siendo impresos al nivel de su corbata.

La antigualla de las versiones cinematográficas subtituladas en otros idiomas, hace ya mucho tiempo que fue sustituida por las versiones dobladas con otra voz. Con esas versiones se consigue lo que es lógico y natural, es de-

cir, que los ojos se ocupen exclusivamente de la imagen, y que los oídos se concentren en captar sonidos inteligibles.

¿Cómo es posible que la todopoderosa Televisión Española, que domina las más avanzadas tecnologías, no tenga la gentileza de ofrecer a los telespectadores una versión doblada al castellano de las comparencias de D. Jordi?

Ya es sabido que todas las soluciones tienen algún inconveniente. A nosotros nos resultaría chocante -y al propio D. Jordi también- el que al abrir su boca saliese un potente chorro de voz castellana, emitido por un profesional, en lugar de su voz natural, enfáticamente modulada, dulcemente pastosa, desaguando inexorablemente hacia el abierto sonido de la a.

## Catalán y castellano

**U**na solución "in extremis", que se me acaba de ocurrir ahora mismo, para resolver definitivamente este complejo problema que se le crea a la Televisión Española, y a todos nosotros, los telespectadores, sería la de suplicar a D. Jordi que hablase catalán a los catalanes, y castellano al resto de los españoles.

Nos consta que D. Jordi posee un gran talento lingüístico, y que podría hacerlo fácilmente, sin que ello supusiese disminuir su catalanismo en un solo milímetro. Las buenas maneras son, simplemente eso, buenas maneras. Y entre gente civilizada, las buenas maneras son siempre exigibles.

Si así lo hiciese, los que ignoramos su lengua se lo agradeceríamos muchísimo, y además su gesto podría suponer el comienzo de la conquista de nuestra simpatía.